



El baile del espejo

mira.» Sus ojos no son flechas, pero sus globos saltones se animan con una chispa de fuego; su sonrisa tampoco es una tentación, pero sí la de una artista que sabe que se la observa, tiene muy alta idea de su mérito y no ignora lo que quieren de ella los que la miran.

Pónese á danzar y representa una escena muda, verdaderamente bella y de un erotismo relativamente discreto ó contenido. Al principio viene á ser esta danza como un prelude íntimo de pensamientos y aspiraciones, que traduce una ondulación de todo el cuerpo en ese paso desigual en que un pie caracolea y apenas se mueve el otro.

Después, siempre al mismo paso y volviéndose lentamente, tuerce la almea de derecha á izquierda el talle y el busto graciosamente dibujado por un ajustado corpiño, y esta nueva ondulación hace rodar suavemente el seno bajo la delgada seda que lo cubre. Cada movimiento del globo firme



Canciones árabes

migo herido de una estocada? Lo inexplicable forma la mitad del encanto de esta figura y de esta pantomima, á veces voluptuosa como un rapto en lo más recio de una lucha, y á veces el galope de este cervato que imita tantos seres y cosas, se acelera al mismo tiempo que las evoluciones de los yataganes, cuyas puntas vienen á cruzarse sobre el corazón, en la garganta ó en los ojos.

En lo más fuerte de este ejercicio, que el menor descuido pudiera hacer sangriento, la vieja negra que ya ha figurado en el cuadro, hecha otra vez una estatua, lanza entre las manos un grito gutural, salvaje, inhumano, y la alegre cabeza andrógina, que aparentaba, hace poco, la expresión de un hombre expirando bajo el filo de la cimitarra, se reanima con sonrisa juvenil, pero feroz.

Un coro de melopea nasal desgrana, digámoslo así, los versículos de un canto de amor ó de himeneo. Con esto le llega el turno á la tercera mora, la bella entre todas, la estrella que se ha reservado para el final de un *crescendo* bastante hábil.

Vestida toda de seda azul con broches y flores de oro, se levanta y verdaderamente hace un recuerdo lejano del poema saharino á la incomparable Lobna «cuyo talle es tan flexible como la palmera y cuyo andar turba al que la



Puerta lateral del Souk

y juvenil lo modela más estrechamente en el brillante y flexible tafetán, que dos agudas puntas parece que van á romper.

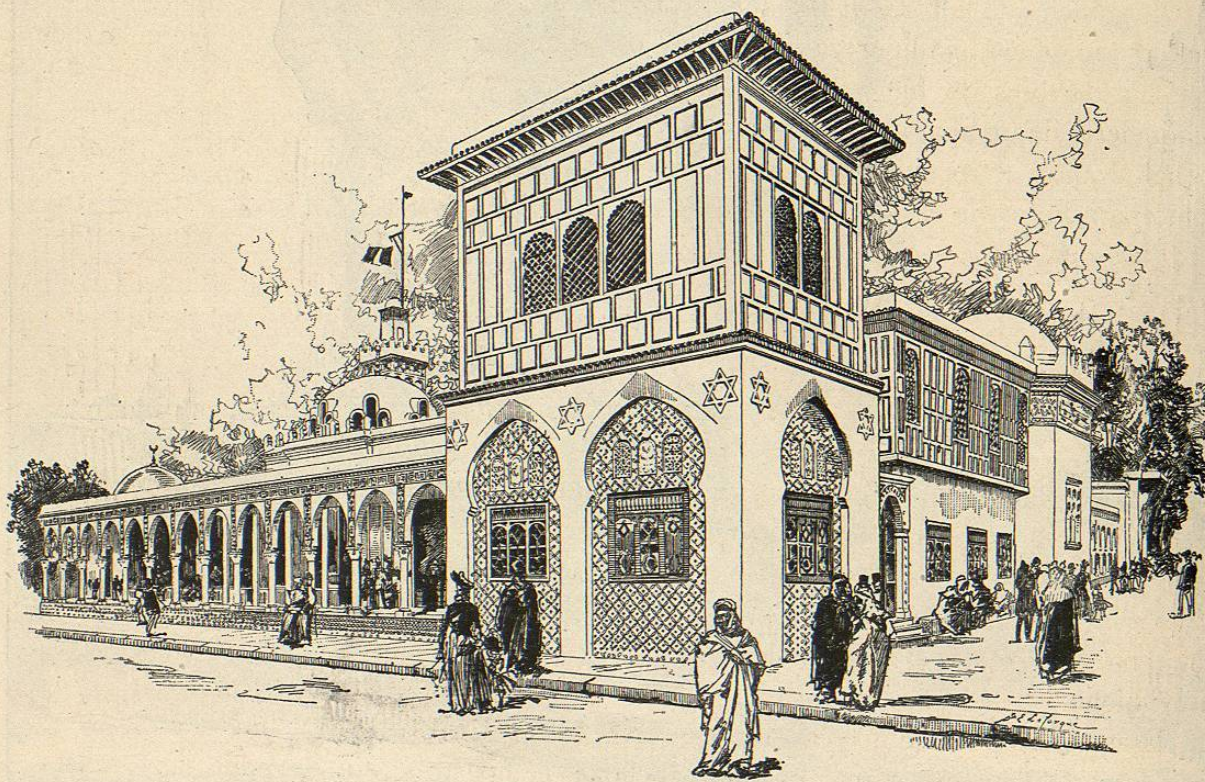
Muy atento al espectáculo el público no se ríe ya, los jóvenes pintores no dicen ya chocarrerías, y si dicen ¡bravo! es sin ironía y en voz bien diferente.

Luego empieza la escena de coquetería. La almea tiene en la mano un espejo y se complace en su sonrisa. Después simula el acto de ponerse afeites, que es una de las grandes armas de la mujer árabe.

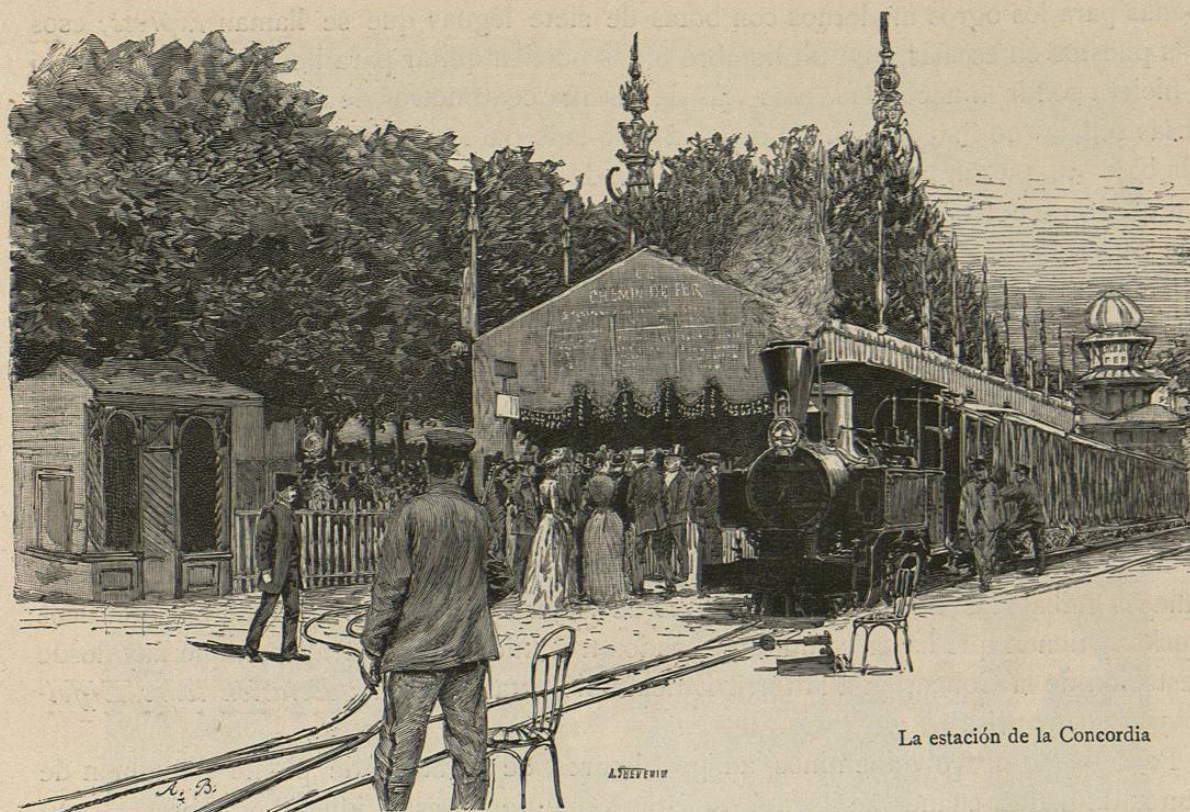
Las voces del coro epitalámico resuenan en fin, acompañadas del bandolín, del rabel y el tamboril. La bailarina pasea una mirada por el público, sin fijarse en nadie, sonríe entre complaciente y maliciosa por sentirse el blanco de todas las flechas de la pública curiosidad, y para terminar, da la danza del vientre esperada, danza no arrebatada ni violenta, no dislocada como la otra, sino undulosa, insinuante, picaresca, dejando adivinar bajo sus amplias ropas de zuavo algunos de esos nerviosos sobresaltos que ponen en éxtasis á la mujer oriental.

A los curiosos, á quienes la danza de las almeas parisienses, revisada, corregida y aumentada de trajes más ó menos atractivos, les dé la nostalgia de los viajes, les hemos de advertir que no vayan á Egipto, á menos que no bajen hasta las cercanías de Korosko ó de Wady-Halfa y pasen las cataratas, porque el Khedive, celoso de la castidad de sus Estados, ya muy comprometida por los pollineros del Cairo, ha prohibido á las almeas ejercer su oficio y seducciones á doscientas leguas á la redonda de la capital. Mas á dicha ¿no tienen los curiosos á la mano la calle del Cairo en el Campo de Marte y la Mauritania en la Explanada de los Inválidos?

T. LINDENLAUB.



Angulo del palacio de Argelia en la Avenida central.



La estación de la Concordia

EL FERROCARRIL DECAUVILLE

Hase dicho de la torre Eiffel que se parece á un gigantesco juguete; porque en efecto parece que tienen una ligereza de fruslería su arquitectura colosal, su increíble enlace de barras y barrotos de hierro y su equilibrada perspectiva: se nos viene á las mientes la anaquelaría de un aparador, á propósito de ella, y nos imaginamos alguna divinidad fenomenal alzando de repente un brazo desmesurado á través de las nubes del sol poniente como para limpiarle el polvo, con asombro de las multitudes.

Pues bien, por una acción refleja, la torre Eiffel da á todo lo que la rodea el carácter de juguete, el sello de fruslería. Las habitaciones de M. Garnier, por ejemplo, ¿no figuran como una colección de minúsculas casitas sacadas de una caja de juguetes de navidad? Y los tres dombos mismos, con ser de suyo tan amplios y majestuosos, ¿no parecen tres huevos de Pascua montados en bien labradas hueveras?

Pero si la torre Eiffel y sus cercanías inspiran la idea de juguetes acumulados en un bazar policromo, bien puede decirse que es también á causa de que la Exposición ha tomado ese carácter jovial, como un niño que da á todo un aire de vacaciones y alegrías; en que las multitudes suelen olvidar el pensum de la existencia y los castigos del destino.

Hacia yo estas reflexiones á propósito del éxito que ha obtenido el ferrocarril de vía estrecha, el *Decauville*, como se le llama, y que en verdad no parece sino un juguete en movimiento.

Esas estaciones que no recuerdan en nada los esplendores de la nueva estación de San Lázaro, sino que aparecen como pabellones campestres; ese corredor tan estrictamente cerrado entre dos hileras de árboles, ese corredor de tres kilómetros, un paso